

Las dictaduras de Brasil y Argentina: su carácter cívico militar, de contrarrevolución y refundacional

As ditaduras do Brasil e da Argentina: seu caráter cívico-militar, de contra-revolução e refundacional

The dictatorships of Brazil and Argentina: civil-military, of counterrevolution and refundational character

Hernán Ramírez
UNISINOS
hrramirez@unisinios.br

Resúmen: En esta ponencia, pretendemos abordar comparativamente tres aspectos medulares de las dictaduras brasileña de 1964 y argentinas de 1966 y 1976. Discutiremos su carácter cívico militar, el hecho de ser contrarrevoluciones preventivas y sus pretensiones refundacionales.

Palabras claves: Brasil, Argentina, cívico-militar, contrarrevolución, refundacional

Resumo: Nesta comunicação, pretendemos abordar comparativamente três aspectos centrais das ditaduras no Brasil 1964 e 1966 na Argentina e 1976. Discutiremos seu caráter cívico-militar, o fato de serem contra-revoluções preventivas e suas pretensões refundacionais.

Palavras chaves: Brasil, Argentina, cívico-militar, contra-revolução, refundacional

Abstract: In this paper, we aim to address comparatively three core aspects of dictatorships in Brazil 1964 and Argentina's 1966 and 1976. Discuss civil-military character, being a preventive counter-revolution and re-founding intensions.

Keywords: Brazil, Argentina, civil-military, counter-revolution, re-founding

Los golpes de Estado* que se abatieron en los países del Cono Sur están lejos de ser eventos exclusivamente militares, la participación civil, entre la cual la de segmentos empresariales y tecnocráticos se destaca, fue fundamental en el proceso de deslegitimación de los gobiernos democráticamente constituidos, su interrupción por vías de facto y la constitución y legitimación de los gobiernos autoritarios constituidos a posteriori.

Aunque indudablemente las coyunturas jugaron un papel importante, los gobiernos - que se extendieron por veintiún años en el caso brasileño y más de siete años en cada una de

* Versión resumida y general de un capítulo que será publicado en una compilación organizada con Marina Franco.

las dos últimas dictaduras argentinas (separadas por un breve interregno democrático de poco más de tres años)- debieron responder a fuerzas estructurales muy fuertes y no solo a la mera circunstancia. Las dictaduras no fueron un accidente histórico, fueron consecuencia de toda una historia anterior y sus secuelas se arrastrarían por décadas.

Esos eventos tienen como origen un “caldo de cultivo común”: las crisis cíclicas que el modelo sustitutivo de importaciones no podía superar convenientemente y el espiral de radicalización política creciente que ellas engendraban. No deja de ser sintomático constatar que el golpe de '64 en Brasil y los de '55 y '66 en Argentina se hayan autodenominado “revoluciones”, y de hecho se comportaron como contrarrevoluciones preventivas, minando y eliminando -o tratando al menos de hacerlo- la acción de los grupos que eventualmente pudieran promoverla. Tal preocupación no era mera especulación, el espectro de la Revolución Cubana planeaba amenazadoramente en el horizonte.

Esa preocupación que alertaba a las fuerzas locales también inquietaba a actores internacionales de peso, en particular estadounidenses, que veían cuestionado su dominio en un espacio de actuación como el continente americano, que juzgaban propio. Eran tiempos de Guerra Fría y las teorías conspirativas, a veces ridiculizadas, que denunciaban la ingerencia de los Estados Unidos empezaron a ser confirmadas y, en algunos casos, fueron más allá de lo que las mentes más creativas pudieron haber imaginado. Para mencionar algunas, la “Operación Brother Sam”¹ en Brasil, la actuación de los Estados Unidos en Chile y la Operación Cóndor en orden regional son las más notorias.

Sin embargo, no podemos reducir todo a imposiciones externas. Si bien existía alguna actuación coordinada y cierta sincronidad transnacional en determinados acontecimientos, los actores locales no fueron meros operadores de órdenes. Ello está demostrado por diversos desencuentros entre los intereses locales y externos, como el emblemático programa nuclear brasileño² o la propia Guerra de Malvinas en Argentina, para ir a casos extremos, que contrariaron los intereses norteamericanos y que desnudaron tensiones efectivas que se fueron acentuando con la extensión temporal de los gobiernos autoritarios.

La prolongación de las dictaduras no fue solo un deseo de perpetuación en el poder, por el contrario, es una evidencia de los propósitos de los gobiernos autoritarios. No bastaba con realizar interrupciones en un corto espacio de tiempo para llevar a cabo operaciones

¹ Esta operación suponía que en el caso de que las fuerzas golpistas lo requirieran, los Estados Unidos enviaría combos navales con armamento y combustible.

² El programa nuclear brasileño usó tecnología alemana con la oposición de los Estados Unidos.

quirúrgicas, deponer gobiernos molestos y devolver rápidamente el poder a manos más confiables, en cambio, era menester establecer y mantener por un periodo más extenso regímenes que realizasen reformas radicales con el objetivo de refundar las bases de los sistemas que los compelián a actuar de esa forma. Abandonando el título de Revolución, ahora reservado exclusivamente a las fuerzas que combatían, la última dictadura argentina se autodenominó “Proceso de Reorganización Nacional”, resumiendo así su naturaleza. Para estos regímenes, los tiempos no importaban demasiado y sí las metas a cumplir, que alcanzaban los países como un todo, desde la economía a la cultura, pasando por la política y el tejido social.

Si bien era una condición necesaria, la extensión de gobiernos de facto inquietaba a los grupos dominantes locales e internacionales, ya que podía engendrar regímenes que asumiesen tintes personalistas y nacionalistas, como el caso del propio Perón, que había nacido de un golpe de Estado. Ello explica las preocupaciones por institucionalizar las dictaduras, tratando de limitar el poder de los ejecutivos personales por medio de juntas de gobierno, cuyos mandatos tenían, en principio, tiempo de caducidad.

Aunque la participación popular estuvo severamente cercenada, las dictaduras no pueden verse como la mera actuación de un grupo reducido. Para conseguir esos objetivos refundadores, los militares movilizaron grupos más extensos que los del núcleo de poder, sin embargo la actuación de esos sectores ha quedado historiográficamente solapada.

Por otro lado, los regímenes autoritarios, como todo proceso, y más por ser de largo plazo, no fueron lineales ni unilaterales. Además de avances y retrocesos, hubo temporalidades diferentes entre y dentro de ellos, inclusive algunos de sus efectos madurarían después de ceder paso a la redemocratización. De tal manera, no podemos tratarlos *in totum*, como bloques monolíticos, pero tampoco puede habilitarse una interpretación etapista, con peldaños claramente definidos. Sus topografías eran irregulares y sus sinuosidades estaban determinadas por múltiples factores, tanto internos como externos, dependiendo del juego de una miríada de actores cuyas perspectivas y líneas de acción, por obvio que parezca, no eran concomitantes.

Las alianzas golpistas

La participación de civiles en los golpes y gobiernos que se constituyeron fue

evidente. Por ejemplo, en el caso brasileño fueron civiles todos sus vice-presidentes, gran parte de los sucesivos ministerios, la mayoría del Parlamento –el cual, depurado, continuó funcionando con pequeñas interrupciones–, así como los cuadros que componían la justicia y la mayoría de los gobiernos estaduais y municipales.

En el caso argentino, en ambas dictaduras el dominio militar fue más marcado, sin dejar siquiera una fachada democrática. No obstante, muchos de los funcionarios que ocuparon ministerios, nacionales y provinciales, secretarías y órganos menores fueron civiles, inclusive con militancia anterior en algunos partidos opositores, no exclusivamente de derecha. El predominio militar no debe ser interpretado de forma errónea como señal de fortaleza, podría ser una señal de lo contrario, porque esos agentes eran incapaces de instaurar un dominio hegemónico, debiendo gobernar mediante el empleo de la violencia y la ocupación directa de los espacios de poder.

Diversos sectores empresariales, junto a otros actores, particularmente tecnócratas, políticos y religiosos conservadores, estuvieron en primera fila durante los golpes de Estado y las gobiernos autoritarios, ya sea apoyando o participando directamente, algunas veces de forma abierta y otras veces encubierta. Y, si bien no fueron sus espadas principales, su articulación tras bambalinas fue central en muchos casos.

La imbricación profunda de diversos intereses, no necesariamente convergentes en su totalidad ni por un período de tiempo prolongado, no es una invención autoritaria, sino que subyace a la constitución de diversos sistemas socio-político-económicos. De hecho, el populismo, contra el cual luchaban esos gobiernos dictatoriales, también fue fruto de ello. También en los casos analizados aquí se percibe un trípode que sostuvo a las dictaduras en el poder, concretamente: militares, empresarios y tecnócratas orgánicos, cuyos pesos y características se fueron alterando con el tiempo.

Cuando nos remitimos a categorías muy extensas, como militares, empresarios y tecnócratas, sin adjetivos, corremos el riesgo de englobar individuos que poseen características diferentes, que los pueden llevar, inclusive, a duros enfrentamientos con sus propios pares. Refriegas que podían exceder, y de hecho lo hicieron, los ámbitos que habitualmente asociamos a ellos. Lejos de ser homogéneas, tales categorías están surcadas por clivajes marcados, con comportamientos diferentes entre sí, incluyendo los asociativos.

Paralelamente a la búsqueda de alianzas entre aquellos que poseían intereses afines, esos segmentos empresariales, burocráticos y militares también se granjearon, por carácter

asociativo, la hostilidad de quienes se aliaron con sus facciones rivales. Por ello, conocer sus características es central para el análisis de conjunto.

Los golpes

Ni los golpes de Estado ni las dictaduras fueron fines en sí mismos sino corolarios de eventos que se engendraron previamente, en estos casos durante gobiernos democráticos que por causas estructurales y coyunturales experimentan un deterioro, según la visión de sus opositores, e inclusive de sectores que en un principio los defendían. Cuando todos sus esfuerzos para torcer el rumbo por la vía constitucional se revelaron infructuosos, estos sectores paulatinamente abandonaron esa opción y optaron por otras vías de hecho.

Las alianzas golpistas no son antidemocráticas por naturaleza, aunque engloben grupos que sí lo son. Al contrario, ellas se pensaron a sí mismas como legítimas defensoras del orden, inclusive democrático, en franco desborde. Según esta concepción, ese estado de desborde era alentado a propósito o ingenuamente por gobiernos calificados de populistas, y podía llevar a instaurar regímenes comunistas que ya habían instalado su ariete en el continente.

Por tal motivo, otra de las características distintivas de ese nuevo tipo de interrupción del orden democrático, a diferencia de otras anteriores, es que estas alianzas tenían objetivos más ambiciosos a alcanzar, ya no bastaba enderezar el curso, había que transformar radicalmente las estructuras que juzgaban ser las causantes de los padecimientos sufridos por la economía, la política y la sociedad como un todo.

Si bien la amenaza externa fue blandida para aglutinar esfuerzos en pos de esa cruzada, los diagnósticos que esas alianzas realizaban tomaban en cuenta factores internos más reales, en especial adjudicaban la dramática coyuntura al particular tipo de desarrollo económico que se había promovido, que generaba déficit fiscal y favorecía a sectores empresariales, del trabajo y burocráticos, subsidiados. Ello se hacía en desmedro de aquellos sectores para los cuales supuestamente se tenían obvias ventajas comparativas y que quedaban, según la visión de estos grupos, injustamente postergados, incentivando así una mayor ineficiencia empresarial.

En este diagnóstico era el sistema sustitutivo excesivamente protegido el que originaba, entre numerosos problemas, estrangulamientos cíclicos y un tejido social que

generaba una conflictividad creciente, en especial los trabajadores industriales fuertemente organizados, que radicalizaban el juego político dando origen a liderazgos populistas que se basaban en el accionar estatal y la fuerza de esos sectores para mantenerse en el poder. Como el modelo substitutivo contaba con ardorosos defensores en el ámbito de la teoría económica y en algunos grupos burgueses que habían prosperado bajo su amparo, eso generaba la animadversión de otros grupos que se sentían, justa o injustamente, penalizados o amenazados por su funcionamiento.

Esa crisis y su diagnóstico no sólo contaba con componentes locales, en el orden internacional el sistema capitalista padecía de males parecidos. El cuadro ganó otra complejidad con el colapso del modelo fordista en 1973, que alcanzó, por ende, al Welfare State, en la mayoría de sus variantes. Por ello, muchos investigadores han tendido a ver en esa crisis el parteaguas en las políticas públicas de las últimas décadas. Sin desconocer que esa coyuntura fue un mojón importante, creemos que el viraje en las políticas de bienestar arranca en un período anterior, habiendo observado la acción temprana, ya en los años 50, de varios actores internacionales que estaban realizando análisis en ese sentido y posicionándose preventivamente en vistas del agotamiento del modelo. Por ello, una perspectiva larga del proceso es imprescindible y permite observar como los actores, individuales y colectivos se fueron constituyendo y posicionando.

De ese modo, durante los golpes de Estado actuaron causas estructurales y coyunturales de orden local e internacional. Esa retroalimentación será fundamental, tanto para el diagnóstico como para la adecuación a nivel nacional las recetas aplicadas, las cuales no deben verse solo como una simple imposición externa. Sin desconocer el juego que las fuerzas internacionales tuvieron, en muchos aspectos hubo márgenes para la acción con tintes autóctonos.

La “contrarrevolución”

En contraste visible con el éxito de los partidos de raigambre popular, las fuerzas conservadoras o de derecha poseían una debilidad congénita, en Brasil y sobre todo en Argentina: a pesar de los esfuerzos y salvo circunstancias extraordinarias, no conseguían afirmarse como opción para acceder por medios democráticos al poder (Linz, 1978), Además, tenían poca penetración en movimientos sociales e, inclusive en el caso argentino, varias de

las organizaciones industriales y agropecuarias estaban divididas en fracciones con posiciones escasamente conciliables que las llevaban a enfrentamientos y a diluir su potencial de presión.

De todos modos, sin minimizar la raíz interna, tampoco debemos ver esto como un síntoma solo local. Los partidos atravesarán a partir de los '70 por una crisis en todo el mundo, como nos han ilustrado los trabajos clásicos de Otto Kirkheimer y Clauss Offe. Muchos de ellos fueron perdiendo algunas de sus facciones características, que se desdibujaban en especial cuando se aproximaban al poder, y, por sobre todo, en cuanto a la capacidad para pensar y procesar políticas públicas más amplias. Así se producía el distanciamiento entre políticos y técnicos profesionales. Los primeros más preparados y casi únicamente preocupados por ganar elecciones y los segundos se tornaban imprescindibles para gobernar a la vez que eran bastante inhábiles para pleitear el acceso al poder por medios propios.

Esos son algunos de los motivos para que en el caso del golpe del '64 en Brasil el accionar más visible fuese el de dos institutos paridos desde el sector empresarial con fuerte presencia militar -el Instituto Brasileiro de Ação Democrática (IBAD) y el Instituto de Pesquisas Econômicas e Sociais (IPÊS)- y para que el grueso de la política económica argentina durante todas las administraciones dictatoriales fuera conducida por hombres ligados a la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL).

Además, antes de los golpes fue perceptible un expresivo accionar del alto empresariado en ambos países. Estas corporaciones no tenían sintonía con los gobiernos de carácter popular instalados democráticamente y ya existían conflictos abiertos, como el mencionado para la Argentina entre la UIA y la CGE, y las tensiones que Goulart encarnaba en Brasil por haber sido la mano izquierda de Vargas. Los conflictos con Goulart se incrementarían con creces durante su gobierno, poco antes del golpe, a través de movimientos que amenazaban el orden en el campo, las fábricas y hasta los cuarteles. Al aguzarse el enfrentamiento, el presidente brasileño debió estrechar aún más la alianza con los actores que estaban a la izquierda del espectro político, alejando así de los sectores más moderados y alimentando una espiral de tensiones crecientes.

Las pretensiones refundacionales

Desde cierto ángulo, la tesis de contrarrevolución exitosa y refundación frustrada

propuesta por Ricardo Sidicaro (1996) parece válida, pero puede no serlo desde otro punto de vista. Concordamos con el primer término, pero al analizar su eficacia no debemos centrarnos en lo que hubiéramos deseado que ocurriera, sino en los objetivos que los conductores de las dictaduras se proponían en diversos horizontes. Como los fines de esos gobiernos eran amplios, tampoco podemos realizar una evaluación general si nos detenemos solo en aquellos aspectos que no consiguieron alcanzar o en los cuales fueron menos exitosos. Por último, no debemos desconocer su propia naturaleza temporal, ya que muchas de las medidas engendradas en su seno harían sentir sus efectos más adelante. Por ello, la idea del fracaso de las dictaduras, al igual que planteara Manuel Antonio Garretón (1985) para Chile, debe ser matizada. Por ejemplo, la desindustrialización fue un objetivo del primer equipo económico de la dictadura argentina de los años setenta, no deseable desde nuestro punto de vista, pero no podemos dejar de reconocer que fue ampliamente logrado.

Tomando el aspecto económico de manera prioritaria, es importante remarcar que la intervención del Estado en esa área tiene consecuencias como un todo, al fin y al cabo sus decisiones en ese materia, asignando cargas y recursos, controlando la moneda y los precios, imponiendo barreras, etcétera, terminan por impactar, de un modo u otro, variados aspectos de la vida social, manteniendo o alterando equilibrios existentes.

En niveles macro, en los dos países la economía experimentó virajes y ajustes muy fuertes que no fueron meras imposiciones del momento, sino estrategias que habían sido incubadas tiempo atrás y ahora maduraban. Los grupos empresariales y tecnocráticos tuvieron amplia participación y junto a los militares se encaramaron en encarnizadas disputas para controlarlas. No era para menos, de hecho, en ello a muchos se les iba la vida como actores preponderantes.

Para el caso argentino no es una novedad mencionar que existió un plan para desindustrializar la economía y reducir el accionar estatal, pero se olvida que existieron otras perspectivas muy diferentes. A partir del Ministerio de Planeamiento, que a la sazón también fungía como vicepresidencia, impulsarían el *Proyecto Nacional*, con visibles tonalidades desarrollistas, anunciado con pompa y circunstancia en mayo de 1977. Esto no impidió que su titular renunciara el último día de ese año y a partir de allí la resistencia de los sectores desarrollistas se concentró en las empresas estatales, colonizadas por burócratas militares que desde allí trababan el avance de las políticas de corte liberal (Schvarzer, 1981).

En el caso de Brasil, como mencionamos, el IPES preparó una contrapropuesta a las

Reformas de Base impulsadas por Goulart. Se trataba de veinticuatro anteproyectos de ley que fueron extensa y masivamente debatidos por el mundo empresarial y por sectores a la derecha del gobierno, algo inusual en ese medio. Muchas de ellos se transformarían en plataforma de acción de la dictadura, la cual, en contraste con la argentina, tuvo una marcada vocación planificadora, como lo relevan el PAEG, con vigor entre 1964 y 1967, que dio base para el *Milagre*, y los tres PND.

Los puntos principales de ese programa eran reestructurar el sistema financiero y controlar el gasto público. Al respecto, el IPES había encargado a Dênio Chagas Nogueira un estudio, financiado por banqueros, que proponía una reforma en el sector y, entre otras medidas, la creación, algo tardía, de un Banco Central. Esto fue puesto en práctica en el primer año de la administración autoritaria y Nogueira fue su primer presidente. En el caso argentino, una amplia reforma financiera –ampliamente estudiada por Jorge Schvarzer (1984)- fue llevada a cabo en 1977.

En lo que concierne al gasto público, en ambos casos la salida fue endeudar el sector estatal y así provocar una crisis fiscal, obligándolo, en consonancia, a reducir su accionar. *Starve the beast*, “matar de hambre a la bestia”, fue la máxima alzada por los conservadores. Las dictaduras rápidamente contrajeron abultadas deudas, algunas de las cuales provenían de la transferencia de pasivos del sector privado, magia financiera que por estas latitudes producía *milagres* con la *plata dulce*. Estas dos últimas expresiones de época hacían referencia a los ciclos de bonanza que siguieron a los golpes de Estado en cada país, pero que una vez pasadas las mieles del crédito fácil terminaron por hundir los países en depresiones profundas, obligándolos a realizar nuevos ajustes y costosas renegociaciones con sus acreedores internacionales. De esa manera, perdieron parte de su soberanía económica, debiendo aceptar la injerencia de organismos multilaterales en los cuales los Estados Unidos ejercían su liderazgo.

Las dictaduras también fueron fundamentales para desarticular el rico tejido social que había permitido sustentar el modelo desarrollista y la radicalización creciente. Era necesario atacar de forma completa el trípode desarrollista, asentado en el Estado, la burguesía nacional y el movimiento obrero industrial, a la par que aumentar el lucro de las empresas, reduciendo sus costos.

En ese sentido, fue clara la intención de la dictadura argentina de llevar adelante una reducción del salario real y una redistribución regresiva del ingreso, con la intención de

transferir capital a los sectores más concentrados, a través de la eliminación del control de precios, la reforma de la Ley de Contrato de Trabajo y la eliminación de las convenciones colectivas salariales. Ello fue posible gracias a la supresión de las actividades gremiales y el derecho de huelga así como a la disolución de la Confederación General del Trabajo (CGT).

En el caso brasileño, interesaba fundamentalmente terminar con las garantías que los trabajadores habían obtenido mediante la *Consolidação das Lei Trabalhistas (CLT)*, que otorgaba estabilidad en el empleo después de diez años de antigüedad y jubilaciones de salario completo, además de otros beneficios que habían caracterizado el modelo varguista. Los empresarios del IPÊS habían formulado una propuesta para modificar esta normativa y poco después del golpe fue sancionada la creación del Fondo de Garantía por Tempo de Serviço (FGTS), un seguro de desempleo con el que se pretendía compensar la pérdida de estabilidad de los trabajadores privados y que también serviría para usar en la compra de la casa propia, dinamizando así la construcción civil.

Esto último favoreció a un segmento del empresariado y la decisión vino acompañada de la creación del Banco Nacional de Habitación (BNH), fruto de un proyecto diseñado por el IBAD y traspasado al IPÊS. Con esa creación se pretendía paliar el déficit en el sector, evitando parte de los innumerables problemas que se habían engendrado con la urbanización descontrolada y, naturalmente, estimular la “*pátria das empreiteiras*”, homóloga brasileña de la argentinísima “*patria contratista*”.

La tónica impresa por el IPÊS para hacer aceptables sus medidas también impregnaría otros intentos no muy exitosos, como lo sugieren un proyecto de ley sobre democratización del capital y otros sobre participación de los empleados en los lucros de las empresas, no casualmente elaborados por personalidades vinculadas al medio católico, en especial a la Pontificia Universidade Católica (PUC) de Rio de Janeiro, cuya presencia no dejaba de ser sintomática.

Ello nos muestra que el conflicto abierto por las dictaduras fue verdaderamente profundo, la intención era privar a otras fuerzas sociales de las facultades para planear y conducir políticas económicas, con el cuidado que las circunstancias del momento requerían. Además la embestida dentro de las propias universidades, tanto públicas como privadas, y otros órganos estatales dedicados a la investigación o asuntos técnicos, también fueron combatidos otros centros de naturaleza privada. Intelectuales que representaban un peligro potencial fueron jubilados compulsivamente, expulsados u obligados a marchar al ostracismo

exterior o interior, en el mejor de los casos. La tortura y la muerte, o la desaparición como su eufemismo, fue expediente para tratar muchos idealistas recalcitrantes.

En Brasil, la saña de quienes se oponían a las ideas desarrollistas fue dirigida especialmente contra el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB). En la Argentina, lo fue especialmente contra el Instituto Di Tella, recordado por su actuación en el campo de las artes pero también en economía y otras ciencias sociales, y que sucumbió en 1969, cuando SIAM Di Tella, el grupo que era su principal financiador y el mayor del país en ese momento, comenzó a tambalear. Durante la dictadura instalada a partir de 1976, este mismo acoso alcanzaría al Instituto de Estudios Económicos y Financieros (IEEF), de la CGE, que fue saqueado, acabándose así con dos de las insignias vinculadas al modelo sustitutivo. Posteriormente, el Di Tella se convertiría en una universidad privada, perdiendo su pie en la economía real, y el segundo sería relanzado sin sus brillos después de la redemocratización, cuando su institución madre recuperara la legalidad, pero no su poder.

Bibliografía

CANELO, Paula. La política contra la economía: los elencos militares frente al plan económico de Martínez de Hoz durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1981). IN: PUCCIARELLI, Alfredo, (coord.). Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004, pp. 218-312.

GARRETÓN, Manuel Antonio. Proyecto, trayectoria y fracaso en las dictaduras del Cono Sur. Un balance. In: CHRENSKY, Isidoro y CHONCHOL, Jacques, (comps.). Crisis y transformación de los regímenes autoritarios. Buenos Aires: Eudeba, 1985.

LINZ, Juan. Una interpretación de los regímenes autoritarios. In: Papers, (Revista de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona, nº 8, Barcelona, Ediciones Península, 1978.

NUN, José y PORTANTIERO, Juan Carlos, (comps.). Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina. Buenos Aires: Puntosur, 1987.

O'DONNELL, Guillermo. Las fuerzas armadas y el Estado autoritario del Cono Sur de América Latina. In: Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización. Buenos Aires: Paidós, 1997.

SCHVARZER, Jorge. Expansión Económica del Estado Subsidiario. Buenos Aires: Ensayos y Tesis, CISEA, nº 3, 1981.

_____. Martínez de Hoz. La lógica política de la política económica. Buenos Aires, CISEA, 1984.

_____. y SIDICARO, Ricardo. Empresarios y Estado en la reconstrucción de la democracia en la Argentina. El Bimestre Político y Económico, nº 35, 1987, pp. 5-14.

SIDICARO, Ricardo. El Régimen Autoritario de 1976: Refundación Frustrada y Contrarrevolución Exitosa. In: TCACH, César y QUIROGA, Hugo. A Veinte Años del Golpe. Con Memoria Democrática. Rosario: Homo Sapiens, 1996.

_____. Coaliciones golpistas y dictaduras militares: el “Proceso” en perspectiva comparada. In: PUCCIARELLI, Alfredo (coord.). Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004, pp. 53-96.

SIMONASSI, Silvia. Entre la adhesión activa y el desencanto. Acerca de los industriales metalúrgicos del gran Rosario y el “Proceso. Avances del CESOR, Rosario, 2do. semestre de 1998, pp. 95-107.